

# Pinceladas vibrantes

OCTUBRE 2020



**Pietro del Po**

**Pentecostés**

**1650**

**Óleo sobre plancha de cobre 75x62 cm.**

Comenzamos un nuevo curso pastoral escondiéndonos en un Cenáculo muy especial. Escondiéndonos porque no están los tiempos para menos, la pandemia, el confinamiento, la mascarilla, la población de riesgo... y en un Cenáculo porque nos vamos a encerrar en uno de los lugares más desconocidos y ocultos de nuestra diócesis, en pleno corazón de la Catedral, junto María, nuestra madre, la Virgen del Sagrario, primer sagrario de Cristo.

Y desde aquí junto a María vamos a esperar encerrados, bien confinados a ver si Dios nos concede un nuevo Pentecostés para nuestra diócesis, nuestros planes pastorales, nuestros trabajos y proyectos, nuestras familias y personas, y sobre todo y ante todo: para nuestras almas.

Subimos por esta escalera estrecha y empinada para llegar a un precioso lugar: el Camarín de la Virgen del Sagrario, situado sobre la propia imagen

de la Virgen, lleno de belleza artística, decorado por una increíble colección de pinturas que son un tesoro.

Se trata de un conjunto de pinturas sobre cobre, no sobre lienzo ni madera, sino sobre pequeñas planchas de cobre.

Una serie dedicada a glorificar a María, con escenas de su vida, de la infancia de Cristo, de la glorificación de María y como excepción 2 pinturas dedicadas a los santos toledanos Ildelfonso y Leocadia, y una curiosa Apoteosis de la Virgen en presencia del rey Felipe IV, su familia, el cardenal Aragón y las alegorías de los cuatro continentes como imagen de hasta donde alcanzaba el poder y la presencia de la monarquía española.

Esta colección de 17 cobres fue encargada por el embajador de España ante la Santa Sede, don Pascual Aragón quien con el tiempo llegaría a ser Arzobispo de Toledo, el conocido cardenal Aragón. Y el día de su nombramiento como arzobispo de la sede primada en 1666, éste fue el precioso regalo que quiso ofrecer a la Virgen, a la Catedral y a todos nosotros.

En Roma, hacia 1660, había conocido al pintor Pietro del Po, quien era especialista en aguafuertes, grabados, miniaturas... Había iniciado su carrera como discípulo de Domenichino en Nápoles, donde el maestro pintaba la capilla de san Jenaro en la Catedral. Don Pascual Aragón lo encontró en Roma donde residió a partir de 1650 y pudo hacerle el encargo. Lo sorprendente es que en una época donde el barroquismo pleno había triunfado, y cuando en España la influencia de Rubens con sus exuberantes formas y sus desnudos nacarados, era arrolladora, este pintor difundió el clasicismo romano más puro, iniciado en la escuela boloñesa, a través de grabados de Annibale Carracci y de Poussin, con sus formas precisas, figuras mayestáticas y gestos contenidos.

La pintura que venimos a descubrir se encuentra inaugurando el ciclo de Glorificación de María justo antes de su Tránsito, Entierro y Coronación. Y representa la escena de Pentecostés.

“Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplabo fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse»

Hch 2:1-4

¡Hoy es Pentecostés!

¡Esta mañana el Espíritu santo va a descender!

Y nos va a ayudar como viene siendo habitual todos estos años el orar frente al arte, frente a esta pintura que representa Pentecostés.

Sí, sí es Pentecostés, aunque nos cueste reconocer en estas figuras dispersas por este atrio abierto al cielo azul radiante, nuestro tradicional cenáculo cerrado, donde el germen de la Iglesia esperaba escondida por miedo a los judíos.

Precisamente porque se trata de una pintura diminuta, de 75 cm de alto por algo más de 60 de ancho, la técnica es muy precisa y pulcra, manteniendo viva la llama del gusto por el incuestionable clasicismo, con sus características formas delicadas y elegantes.

La composición tan equilibrada, está inspirada en elementos tomados de grabados populares, recoge las figuras repartidas en variados planos de profundidad en una suerte de atrio, ayudada por el dibujo en correcta perspectiva del suelo embaldosado y plantea al fondo, una columnata en semicírculo tomada literalmente de la arquitectura clásica romana de Vitruvio o del propio teatro Marcelo de Roma. Bajo los arcos de la columnata al fondo, se asoman construcciones de la Roma del Seicento, con torres de iglesias medievales, ábsides y murallas con torreones.

Arquitecturas todas ellas que nos hablan de la obra del hombre, de las diferentes civilizaciones y culturas que han pasado por la historia y que han tenido una visión del mundo diferente, a menudo sin Dios, las más ocasiones sin Cristo y todavía con más frecuencia, sin ninguna sed de infinito. Están fuera del cenáculo esperando que el Espíritu Santo inspire la creatividad y el anhelo irrefrenable de construir puentes con quienes no tienen Dios, ni Cristo, ni nadie, ni nada.

Y todo este grupo de hombres y mujeres están aquí dentro de este gran cenáculo reunidos, encerrados, confinados. El virus es el miedo al futuro, a la muerte, a perder la vida por seguir al maestro, por no seguir la corriente de la sociedad que les rodea, la de las falsas libertades, la del progreso a costa de los más débiles, la de la tiranía del cuerpo y la apetencia...

Confinarnos, reservarnos, encerrarnos, enquistarnos, auto preservarnos.

Que no nos toquen los horarios, la estructura, los cargos, el aquí siempre se ha hecho así, que no nos toquen ni la fregona del salón parroquial.

No son paredes las que aprisionan en el encierro, que se lo pregunten si no, a nuestro santo amigo Kolbe cuando en Auswichtz en el centro de la celda del hambre, de rodillas, cantaba a La Inmaculada, o a nuestro santo cura de Ars, después de horas entre 4 tablas confesando los pecados. Las paredes pueden ser traspasadas por el Resucitado y por el alma libre que vuela cuando hace la voluntad de Dios.

Algunos como Pedro pasa las horas sentado, ojeando el libro, escrutando las escrituras buscando respuesta, sentido, esperanza, discernimiento. Otros han detenido la lectura porque la Palabra profetizada viene a cumplirse: derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará, y os daré un Espíritu nuevo...”

Y de repente, el estruendo del cielo como de viento se representa con la presencia de una nube redondeada, de tonos plumizos en la que se abre paso la paloma luminosa que desde el bautismo figura la presencia del Espíritu. Y las pinceladas blancas a modo de trazos de luz se despliegan sobre las cabezas y en especial caen a plomo sobre María.

María en medio de la comunidad atrae al Espíritu que desciende como una cascada, que eclosiona y envía sus lenguas de fuego, de luz blanca sobre las cabezas de todos los reunidos. Hay una llama también para ti, si la quieres, si la deseas, si la acoges, si la guardas y la alientas.

María provoca la llegada del Espíritu, provoca la salvación, y si hace falta, adelanta la Hora de su Hijo, intercede, te trae el Espíritu, alumbrando a la Iglesia y te entrega a ti la luz del Espíritu. Para que tú seas también madre verdadera, que alumbrando a otros para Dios. Para que le lleves donde pueden recibir una nueva vida, a tu Iglesia, a tu parroquia, a tu grupo, a tu comunidad. Te da la vida para compartirla.

Entonces los apóstoles, quizás como tú ahora, que estaban “a su rollo”, enfrascados en su mundillo, practicando la cultura de la indiferencia, lo que se lleva ahora, el yo a lo mío, mi selfie, mi story, mis likes, mis seguidores, mi soledad, mis achaques, mi yo... resulta que estos mismos apóstoles han empezado a mover las manos que antes señalaban a sus egos y empiezan a abrirlas para señalar la presencia que viene de fuera, que es sobrenatural, que viene a cambiarles la vida, a darles por fin vida, vida verdadera.

Y algunos, entusiasmados, comentan con el compañero y comparten la alegría y señalan al rompimiento del cielo, otros levantan las manos admirados por el prodigio, algunos las cruzan sobre el pecho recogidos y gozosos, para recibir con más reverencia y gusto la fuerza divina, y todavía hay alguna más descarada y valiente, mujer tenía que ser, que se entrega por completo, abriendo los brazos del todo, para abrazar y acogerlo todo, al que ella sabe que es el Todo.

El cromatismo en las vestimentas de trabajados pliegues es vivísimo, explosivo, chirriante, con colores clásicos muy puros, azules celestes, rojos carmín, anaranjados, fucsias, malvas... pero todos de nuevo juntos, aunque al menos sin mezclarse.

María envuelta en un manto de azul celeste destaca por su luminosidad, toda ella es un pedacito de cielo, las figuras envueltas en rojos la enmarcan y atraen nuestra mirada.

Pero en su persona, sobre su piel blanca, se concentra la luz, sus delicadas manos de marfil se recogen en el pecho para custodiar el Espíritu, como el frasco de perfume de nardo, y con su mirada, la llena de Gracia dirige sus ojos a lo alto, para que conozcamos el camino, para que podamos entrar en la misma comunión de intimidad que ella tiene con el Espíritu.

Y como en círculos concéntricos, la felicidad que trae el tener dentro el Espíritu Santo se contagia, y las mujeres detrás de ella, casada y soltera, con velo y sin él, se admiran y disfrutan de la maravilla que es tener al Espíritu Santo bombeando amor en el corazón, y los hombres han empezado a bajar la guardia de su arrogancia y autosuficiencia y empiezan a sonreír y a sentirse salvados, consolados, fortalecidos, amados.

¡¡ Ven Espíritu Santo e infunde en nuestros corazones las ansias redentoras del Corazón de Cristo, para que nos importen las almas, los jóvenes, las madres abocadas al aborto, España, la Iglesia perseguida, los que no encuentran sentido a sus vidas, nuestras almas!

Confinarnos o confiarnos, dejar que nos inunde la lluvia de gracia, la sorpresa, el estallido de bienes del Señor aunque tenga que ser pasando por un hospital o por cuidar a un enfermo o por compartir nuestra nómina con el que ya está en paro.

Ahora sí, la vida tiene sentido, todo encaja. ¡Salgamos pues de las sombras de este cenáculo, de la mano de María, con los ojos en el cielo, y vayamos

a sumergirnos en el océano de amor que nos regala el Santo Espíritu! Él nos enseñará a amar, dónde, a quién, el nos provocará hacer locuras por Cristo, nos estimulará para sentirnos Iglesia, para ser comunidad, nos abrirá los ojos para ver al otro, nos infundirá el irresistible deseo de hacer Su voluntad, desde este cenáculo abierto y luminoso, desde esta Iglesia viva llena de hermanos rescatados, desde este nuestro Pentecostés.

Pilar Gordillo

